

ENVASADOS AL VACÍO

Introducción. En el mundo de la alimentación algo que se anuncia como envasado al vacío, es algo que garantiza su durabilidad y buena conservación. En lo humano, estar envasados al vacío, describe muchas de las vidas que arrastramos. Cuidadosos con el envoltorio, pero profundamente vacíos y deshabitados por dentro. Señala lo encerrados que vivimos, lo atrapados que estamos en nuestros miedos, en nuestros cálculos, en nuestras dudas, en la falta del valor real que tienen nuestras vidas. Muchos de nosotros envasamos nuestras vidas, las protegemos, más pendientes de lo que aparentamos, de la imagen que contagiamos, que del contenido real de lo que nos habita y nos llena. Somos un tesoro, envueltos en vasijas de barro, y lo que el Espíritu Santo nos quiere ofrecer es esa mirada apreciativa, sobre nosotros mismos, sobre los demás, y sobre las circunstancias que acompañan a nuestras vidas.

“El mismo Dios que mandó a la luz brillar en la tiniebla, iluminó vuestras mentes para que brille en el rostro del Mesías la manifestación de la gloria de Dios. Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros.” 2ª Cor 4,6-7.

La venida del Espíritu Santo es la gran apuesta de Dios por lo humano. Es el gran «Don de Dios», que vitaliza, que anima, que llena a todo lo humano de la vida de Dios. Es capaz de hacer que un puñado de barro, se convierta en Adán y Eva, los seres vivientes, nuestros primeros padres.

“La tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas.” Gen 1, 2.

Es el Espíritu el que, abrazando el caos, el desorden, lo fragmentado, es capaz de crear el cosmos, el orden, la belleza, el sentido. Para nosotros la palabra caos es conocida, caos de horarios, de exigencias, de trabajos, de relaciones personales. El cosmos lo vemos en el paisaje estrellado de una noche de verano. Pero hay mucho orden en nuestras vidas, que cada día corra la sangre con suficiente presión por nuestras venas, que las neuronas nos recuerden quienes somos y a donde vamos. Que los brazos y piernas obedezcan a las ordenes de nuestro cerebro es cosmos. Es igualmente cosmos que sepamos leer de forma integradora nuestra historia personal. No somos un inconexo montón de experiencias, no somos diálogos sueltos, experiencias aleatorias, lugares, encuentros. Cada una de nuestras biografías son una apasionante historia de amor. Y es gracias al Espíritu que podemos hacer lecturas integradoras de nuestro pasado. Y tenemos la capacidad narrativa para contarla a los demás.

Pero la gran función del Espíritu es su capacidad de regalarnos la disrupción. Es una palabra recién aprendida, pero que me inspira muchísimo. El sustantivo disrupción, el adjetivo disruptivo y el menos frecuente verbo disrumpir son adecuados para aludir a un proceso o un modo de hacer las cosas que supone una «rotura o interrupción brusca» y que se impone y desbanca a los que venían empleándose. Es lo que destroza la rutina, lo que de forma imprevisible ocurre en nuestra vida y nos cambia la dinámica previsible y falta de emoción. Y el Espíritu es el que es capaz de «disrumpir», nuestras vidas. No vivir en el acomodo, en la falta de atención, en la mediocridad. Sino, por el contrario, es el que anima, despierta, inquieta, suscita, asocia, crea la comunión.

Lo que Dios nos dice. *“El Señor puso su mano sobre mí, me sacó por medio de su espíritu y me dejó en medio de un valle, que estaba lleno de huesos. Me hizo pasearme entre ellos, y pude ver que eran muchísimos; cubrían la superficie del valle y estaban completamente secos. Me dijo: Hijo de hombre, ¿volverán a vivir estos huesos? Yo respondí: Señor Dios, tú lo sabes. De nuevo me dirigió la palabra: Profetiza sobre estos huesos. Diles: ¡Huesos secos, escuchad la palabra del Señor! Esto dice el Señor Dios a estos huesos: Voy a infundir en vosotros un espíritu que os hará revivir. Os pondré nervios y haré que os crezca carne; os cubriré de piel y os infundiré un espíritu que os hará revivir. Y reconoceréis que yo soy el Señor. Yo profeticé conforme me fue ordenado. Mientras estaba profetizando, oí un estruendo y sentí que todo temblaba”.* Ez 37, 1-14.

Como el profeta Ezequiel nuestras vidas también transitan por medio de situaciones faltas de vida. Los huesos secos son imagen de la cantidad de situaciones que nos superan, de la impotencia que sentimos en el trato con los demás. Pero pueden revertirse todas esas situaciones de falta de vida cuando dejamos espacio a la acción del Espíritu. Si hablamos, si compartimos, no desde la mente, desde la ideología, desde la norma, sino desde el corazón, la empatía, la compasión, nacen siempre relaciones nuevas. Cuando creemos que algo llega a su final, se está gestando en lo secreto el nacimiento de lo nuevo.

El Espíritu es el autor de las grandes disrupciones de la historia. El concilio Vaticano II ha sido disrupción. Una Iglesia paralizada, conservadora, alejada de la cultura y de la modernidad, y por la Acción del Espíritu, a través del papa Juan XXIII, se convocó a los cardenales de la Iglesia y dieron a luz todos los documentos conciliares, que hablan de comunión, de sinodalidad, del empoderamiento de los laicos, de evangelizar con todo nuestro ser. El papa Francisco es otro signo de disrupción, de cambiar una inercia, de abrir puertas a un futuro conjunto, donde los cristianos nos veamos como sal y luz para iluminar la vida de nuestros hermanos.

Como podemos vivirlo. El fruto es que sentimos los que acogemos al Espíritu es el envío misionero, el sentimos enviados porque el Espíritu nos da fuerzas para salir al encuentro de los hermanos. La misión sin Espíritu Santo es voluntarismo, es proselitismo, es usar técnicas comerciales y de persuasión y lo que damos a los demás son normas, obligaciones, tienes que ir a misa, «tienes que». Cuando vamos a la misión movidos por el Espíritu Santo llegamos a lo más profundo del corazón de las personas porque hablamos de experiencia, no tratamos temas, hay coherencia. Y lo que contagiamos es entusiasmo, es la pura alegría del evangelio.